

del sentido de finitud de la existencia humana o la infinitud de la muerte, como características centrales de la experiencia de la “desaparición”.

A menudo, y cuarenta años de por medio, el término “desaparición” y “desaparecido” se ha configurado en torno a aquellos secuestrados que no volvieron. Asumimos, a menudo, que “desaparición” es igual a muerte. La palabra “desaparición” semantiza a aquel grupo que tras “esfumarse” del mundo habitual corrió la suerte de una muerte anónima, de una sepultura ilocalizable. Pero esta condensación a posteriori invisibiliza que el ocultamiento de las personas y su asesinato son dos hechos diferentes; y pensar en una *zona* –la de la “desaparición”– donde aquellos que no volvieron atravesaron también esa “muerte en vida” de la que hablan los sobrevivientes y que vuelve tan delgada a la línea que separa a unos de otros. Así relata Carlos Pussetto, ex militante de Montoneros y sobreviviente de “La Perla”:

“En un momento posterior al primer interrogatorio, el Capitán Barreiro me informa textualmente: Bueno pibe, para ponernos en claro... los uniformes que viste hoy a la mañana, los camiones y todo el dispositivo en la Terminal, son cobertura, ‘son verso’. Acá no estás detenido, acá estás secuestrado ¿Está claro? De aquí en más pasaste a engrosar la lista de los desaparecidos. Esto es el Comando Libertadores de América, no sé si me entendés, estás muerto... pero estás vivo” (Testimonio de Carlos Pussetto, en facsímil de Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas de Córdoba, Córdoba diciembre 1983.)

Para los sobrevivientes –que son los que efectivamente pueden dar encarnadura al oxímoron– la “desaparición” es recordada como una experiencia “peor” que la muerte que conocemos porque, justamente, no acaba. El “campo de concentración” es un tiempo-espacio *liminar* que se atraviesa *entre* la vida y la muerte, lo que hace a este espacio-tiempo “invivable” es en parte ese desdibujamiento de categorías elementales, y el “durar” mientras tanto en un territorio de ajuricidad a la “espera” de la efectivización de una condena a muerte que puede darse de un momento a otro.

Pero si esa ajuricidad “mata” en el sentido de que suspende la existencia cívica –y con ella las garantías, los derechos–, se apropia del cuerpo al mantenerlo apartado del mundo “normal”; otros tipos de “muertes”, se van apropiando de diferentes aspectos de la subjetividad por medio de la

Graciela Geuna es desgarrador no sólo por la aplicación de un dolor físico sobre su cuerpo sino por el plus de la exhibición del cadáver de su marido y la breve y trunca despedida que se le permite con éste. Es por esto que la tortura no es una práctica meramente violenta, es –al decir de Nahoum-Grappe– una práctica *cruel*: “(un) castigo que no apunta prioritariamente a la muerte del individuo sino a su sufrimiento extremo, o más bien gracias a éste al asesinato de la persona social y moral antes que al de la persona física. Este asesinato identitario se hace posible gracias al dolor, y el dolor físico es más fácil de provocar, mientras que el sufrimiento moral requiere cierta reflexión de parte del verdugo. Todo dolor es una posesión negativa cuyo padecimiento puede transformar en animal chillante al ser humano más asentado: la instrumentación política (en términos de apuestas de poder) de este dolor, es la crueldad” (Nahoum-Grappe, 1996: s/p).

El proyecto político de la crueldad es transformar a un militante que se piensa a sí mismo con un ideal de una “voluntad férrea”, una “coherencia y honestidad extrema” y una valentía que roza la temeridad, en un ser dócil y aterrorizado. La apuesta de la crueldad es la des-subjetivación, tal como relata Ana Iliovich:

“Ser un desaparecido. Haber entrado en el territorio de los muertos vivos. Se podría pensar en una mala película de terror. Las caras de los que me mostraban cuando recién caí, cuando todavía no era uno de ellos, parecía la de los zombis, esos muertos que no encuentran reposo en el cine clase B. Después fui uno de ellos” (Iliovich, 2017: 21).

Los prisioneros primero eran torturados frente a otros prisioneros “viejos”, a quienes se les obligaba a decirles que “no se hicieran matar”, que “colaboraran”; luego pasaban ellos mismos a ocupar ese rol. Lo que causa esta situación –y muchas otras de ese estilo, en las que no se podía elegir participar o no– no es un proceso homogéneo e irreversible en el tiempo, pero esa imagen humillada y humillante de sí y ante los otros, que sólo se da en el contexto de la *situación límite*, introduce una fisura en la continuidad psicológica y moral que hace de andamiaje diacrónico al sujeto, hiriendo “de muerte” a la identidad (Pollak, 2006).

En este sentido la tortura *es*, sin metáforas, la muerte del sujeto tal como se ha conocido hasta entonces, de la dimensión social de la persona, la cual ya había empezado a morir cuando se “esfumó” de sus mundos, de sus universos de sociabilidad habituales. En ese nuevo mundo, el del “campo”, se invierten las coordenadas por las que sostenemos un sentido

compartido del mundo. El sujeto es despojado de su estatus de ciudadano y de persona, su nombre es reemplazado por un número. Es despojado de todo lo que ha sido y tenido, incluso del poder de decisión sobre su vida. Prosigue relatando Graciela Geuna:

“...luego de darme una paliza pude conseguir una hoja de afeitar que habían olvidado sobre el escritorio e intenté cortarme las venas. Me la confiscó Tejada quien me dijo: ‘no te vas a poder morir nena, aquí vas a vivir todo el tiempo que queramos nosotros, aquí somos Dios’. Matarse era la única manera de huir de ese horror, de la tortura, pero tampoco era posible” (Testimonio de Graciela Geuna ante el consulado español en Ginebra, 9 de julio de 1998).

La apropiación de la vida y de la muerte, esa *posesión negativa* por la cual opera la crueldad genera la reducción de la voluntad a su mínima expresión y la fragmentación de la existencia en componentes escindidos en sus aspectos morales, sociales, jurídicos, físicos hasta convertirse en el *homo sacer*, la *nuda vida* analizada por Agamben (2005). “Zombis”, seres aterrados y aterradores que no encuentran descanso, en el escrito de Ana, que sólo “duran” en un mundo donde todos mueren.

Estos espacios políticos y jurídicos de la excepción implementaron una compleja tecnología de la necropolítica –hacer morir a algunos, dejar vivir a otros, aleatoriamente–, donde, todos eran sometidos a inimaginables e ilimitadas torturas físicas y psicológicas, *ubicuas*, en pos de la creación de sujetos des-sujetados de sus referencias temporo-espaciales, sociales y morales habituales. Dentro del método represivo, estaba el intencional desdibujamiento de las expectativas vitales que implicaba estar condenados a muerte pero sometidos a una espera imprevisible de su ejecución, este “durar” era minuto a minuto, día a día, sabiendo, igualmente, que nada garantizaba la supervivencia ni tampoco la muerte, de allí no había forma de escapar.

“Desaparecidos”, “muertos pero vivos”, “muertos que caminan” son expresiones con las que los secuestradores designaban el estatus de los cautivos, y que dan cuenta del desdibujamiento de los límites que, en situaciones “normales” las sociedades se encargan de mantener claramente delimitadas, como la vida y la muerte. Esta situación de *liminaridad* (Turner, 1990), de tránsito ilimitado “entre la vida y la muerte”, se ve acompañada por una fragmentación de la existencia, del *ser* en sentido sincrónico (como una unidad biológica, social, jurídica) y también una

fractura en el sentido de coherencia diacrónica que unifica la identidad. “La muerte en vida” a la que se refieren los sobrevivientes, entonces, responde a esta multiplicidad de fragmentos en los que el sujeto estalla “en pedacitos” tal como señala Ana Mohaded en la cita al comienzo de este apartado. El desmembramiento de la existencia tal como la conocemos.

(SOBRE)VIVIR

“Esa larga noche, que empezó a correr para mí en la fría y nublada tarde del 24 de marzo de 1976 cuando vi aparecer en el horizonte la trompa de un Unimog del Ejército y que cerraba una primera etapa dos años después, en el impreciso y poco recordado momento en que me depositaban ‘liberada’ en mi casa promediando abril de 1978, daba lugar ahora a este nuevo horror... advertir que no existían lazos que me ligaran con este mundo, sentir que nada puede existir, que nada puede importar después de haber convivido con la muerte durante esos interminables y terribles años.

Hasta el lenguaje común, el de todos, había sido destruido. Las palabras ya no significaban nada. Las palabras como signos, contenido y continente de lo que nos pasa, de lo que sentimos, de lo que creemos, de lo que queremos, ya no eran nada. Como si hubiera aterrizado en un lugar que no conozco y no comprendo, donde todo me es ajeno, sin encontrar un lugar donde anclar. Peor aún, sintiendo que todo era banal, fútil, irrelevante. ¿A quién le importa que hay para comer?... si lo que tengo adentro es el grito desgarrado de los compañeros torturados, el ruido aterrador del camión que nos conduce a la muerte, la mirada de la muerte, la sensación de que me vaciaron, me ultrajaron, me devastaron. La sensación de ya no ser, el horror de haber quedado estampada en el horror. Ya no hay puentes, ya nada me liga a esta irrealidad que es el mundo cotidiano de todos, de los otros, de los comunes, de los que no traspasaron las puertas de la muerte. ¿Cómo habitar este mundo que ya no es el mío?, ¿cómo entender lo que me dicen?, ¿Cómo decirles lo que no entienden, lo que nunca podrán entender?, ¿Cómo explicarles que esas personas a las que le agradecen haberme devuelto son

que, por invivible, aterra. La “desaparición” –ya sea por haber quedado capturado para siempre en ella, ya sea por ser su portavoz en el mundo de los vivos– tiene ese halo de abyección. Tan necesaria como aterradora, esa palabra subsiste, esas vidas continúan. La mayoría conjura la muerte escribiéndola, en testimonios, en poesías, en canciones, en relatos. Para muchos de ellos sus hijos son “el ancla” que los tracciona hacia la vida, un “milagro” que confirma otras formas de trascendencia y destino. Pero “haber atravesado las puertas de la muerte” deja una herida, y establece un vínculo infinito con los muertos que debe ser comprendido y “apalabrado” constantemente.

A MODO DE CONCLUSIÓN

La represión implementada durante la última dictadura, se sabe, buscó la eliminación de proyectos políticos a partir de la destrucción de seres humanos. Algunos de ellos nunca volvieron, otros sí, pero ¿Cómo se sobre-vive luego de habitar el *espacio de muerte*? ¿Cuánto tiempo dura ese tránsito? ¿Qué significa ser testigo o portavoz de lo invivible? En los procesos de *duelo prolongado*, como es el caso de las “desapariciones” los muertos “no terminan de morir”, y los estragos continúan en el interior del grupo.

Los sobrevivientes –y con esta palabra no me refiero estrictamente a los sobrevivientes de los “campos”, sino a todos los contemporáneos de los estados de excepción– “no terminan de vivir”. Mientras la irregularidad de la desaparición continúa, continúa su poder. En un escrito titulado “¿Por qué sobrevivimos? Un debate que abre puertas” La asociación de ex detenidos desaparecidos señala:

“El relato del horror, según el plan represivo, debía quedar en boca de un puñado de sobrevivientes que enteraran a la sociedad de lo que sucedía con esas personas que, de pronto, dejaban de ir al trabajo, al colegio, a su propia casa. (...) Como parte del ‘plan’, se contemplaba la desconfianza que el círculo de allegados al sobreviviente le profesaría. ‘Si tantos no volvieron y este si...’. Ni más ni menos que ‘por algo habrá salido’. En una situación de terror y peligro para los opositores de la dictadura, era sumamente difícil que éstos superaran la desconfianza y evitaran el aislamiento de los sobrevivientes. Si el mandato represivo para nosotros fue ‘aterroricen’, el mandato para los militantes no secuestrados, implícito en nuestra supervivencia, fue ‘desconfíen’. Con terror y desconfianza se aseguraba un largo periodo de desarticulación social...”

(<http://www.exdesaparecidos.org/aedd/sobrevivimos.php>)

Si la muerte es una preocupación de los vivos –ya que los muertos no sienten– la muerte en vida, la muerte inconclusa que se plasma en la “desaparición” ejerce un potente efecto sobre toda la sociedad, disciplina. La existencia desdibujada por estos estados de excepción es quizás uno de sus efectos más inasibles y aterradores. Como señala Mbembe (2011) la sumisión de la vida al poder de la muerte reconfigura en un entramado inédito de formas de sacrificio y terror, pero también de resistencia ante el poder del Estado. A lo largo de este artículo he intentado dar cuenta de los estragos que supone el terror de “morir en vida”, quisiera cerrar reflexionando sobre las resistencias al necropoder.

Si una de esas resistencias es intentar, como hacen los sobrevivientes, entramar la experiencia y hacerla transmisible, relatar una y otra vez, aunque duela, para intentar que no se repita, otra es, para los que no atravesamos esa puerta, dejarla abierta y cobijar su escucha, por complejo y silencioso que este proceso parezca. La experiencia concentracionaria constituye un lugar donde la existencia estalla en sus componentes, invirtiendo su significación, pero no es el único contexto en el cual este desdibujamiento se ha expresado y se expresa. La plantación, la colonia, el *township*, el gueto, el campo de concentración son referencias históricas de lo que Mbembe (2011) ha dado en llamar *topografías reprimidas de la crueldad*, lugares donde ciertas personas son privadas de todos sus atributos humanos, donde la vida y la muerte adquieren un sentido muy diferente al que normalmente les atribuimos.

Son topografías donde la crueldad se expresa una y otra vez, pero que reaparecen siempre como experiencias inéditas. Y es quizás en esa *represión* –por medio de la indiferencia, el silencio y, finalmente, el olvido– donde reside gran parte de su potencial aterrador. De este modo el artículo ha tenido como apuesta teórico metodológica el desentrañar etnográficamente los sentidos atribuidos a la existencia y al *ser*, a partir de una situación que revela lo que permanece velado en situaciones normales; y como apuesta ético política el pensar en las tecnologías del necropoder –aunque su relato resulte inefable, aunque su sinsentido parezca incomprensible– como una forma de conjurar sus efectos.

BIBLIOGRAFÍA

Agamben, Giorgio

2005. *Homo sacer*. España: Ed. Pretextos.

Ariès, Philippe

2007. *Morir en Occidente. Desde la edad media hasta nuestros días*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora.

Calveiro, Pilar

2001. *Poder y desaparición*. Buenos Aires: Ed. Colihue.

Clastres, Pierre

2010. “De la tortura en las sociedades primitivas”. En: *La sociedad contra el Estado*. Barcelona: Virus Editorial.

Comaroff, Jean y John

2013. “*Alien-Nation. Zombis, inmigrantes y capitalismo milenarista*”. En: *Teoría desde el sur. O cómo los países centrales evolucionan hacia África*. Argentina: Siglo XXI Editores.

Da Silva Catela, Ludmila

2001. *No habrá flores en la tumba del pasado. La experiencia de reconstrucción del mundo de familiares de los familiares de desaparecidos*. La Plata: Ed. Al Margen.

Durkheim, Emile

2004. *El suicidio*. Buenos Aires: Ed. Losada.

Elias, Norbert

2015. *La soledad de los moribundos*. México: Fondo de Cultura Económica.

2001. *El proceso de la civilización*. México: Fondo de Cultura Económica.

1997. *Os Alemaes*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor.

Foucault, Michel

2002. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Argentina: Ed. Siglo XXI.

1996. *Genealogía del racismo*. Argentina: Ed. Altamira.

Geertz, Clifford

2000. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Ed. Gedisa.

Hertz, Robert

1990. *La muerte y la mano derecha*. Madrid: Alianza editorial.

Iliovich, Ana

2017. *El silencio: Postales de La Perla*. Villa Allende, Córdoba: Los Ríos Editorial.

Le Breton, David

1999. *Antropología del dolor*. Barcelona: Seix Barral.

Mauss, Marcel

1979. "Efectos físicos ocasionados en el individuo por la idea de la muerte sugerida por la comunidad". En: *Sociología y antropología*. Madrid: Ed. Tecnos.

1921. "L'expression obligatoire des sentiments (rituels oraux funéraires australiens)". En: *Journal de psychologie* 18, París.

Mbembe, Achille

2011. *Necropolítica*. España: Muselina(sic).

Nahoum -Grappe, Veronique

1996. "L'usage politique de la cruauté: l'épuration ethnique (ex-Yougoslavie, 1991-1995)". In: Séminaire de Françoise Héritier: *De la Violence* (F. Héritier, comp.). Paris: Ed. Odile Jacob, 1996. Traducción de Christian Gebauer para el Seminario Antropología de la violencia y los conflictos socio-políticos. Prof. Ludmila da Silva Catela-UNC.

Neiburg, Federico

1995. "El 17 de Octubre de 1945: Un análisis del mito de origen del peronismo." En: Torre, Juan Carlos (comp.) *El 17 de Octubre de 1945*. Argentina: Ed. Espasa Calpe.

Pollak, Michel

2006. *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades tras situaciones límite*. La Plata: Ed. Al Margen.

Rafecas, Daniel

2013. *La tortura y otras prácticas ilegales a detenidos*. Buenos Aires: Editores del Puerto.

Rodriguez Molas, Roberto

1984. *Historia de la tortura y el orden represivo en Argentina*. Buenos Aires: Eudeba.

Taussig, Michael

2002. *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje: un estudio de la curación y el terror*. Bogotá: Editorial Norma.

Tello, Mariana

2015. "Yo acuso. Un análisis antropológico sobre lo jurídico en los primeros testimonios sobre 'La Perla'". En: *Clepsidra, Revista interdisciplinaria de estudios sobre memoria* N°3. Buenos Aires.

2013. "Narrar lo 'inenarrable', imaginar lo 'inimaginable', comprender lo 'in-

comprensible. Aproximaciones a las memorias sobre la experiencia concentracionaria desde una perspectiva antropológica. En: *Eadem Utraque Europa* N° 14. Buenos Aires. Ed. Miño y Dávila.

2012. La vida en fuego. Un análisis antropológico sobre las experiencias de “lucha armada” en Argentina. Tesis de doctorado en antropología. Universidad Autónoma de Madrid.

Todorov, Tzvetan

1993. *Frente al límite*. México: Siglo XXI Editores.

Turner, Victor

1990. *La selva de los símbolos*. España: Ed. Siglo XXI.

Fuentes

<http://www.robertobaschetti.com/biografia/w/5.html> (última visita, 2 de mayo de 2018)

<http://www.exdesaparecidos.org/aedd/sobrevivimos.php> (última visita, 9 de junio de 2018)

Testimonio de Carlos Pussetto, en facsímil de Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas de Córdoba, Córdoba diciembre 1983. Reproducido en la colección de tarjetas “Memorias de la Perla”, Espacio para la Memoria “La Perla”.

Testimonio de Graciela Geuna ante el consulado español en Ginebra, 9 de julio de 1998. Reproducido en la colección de tarjetas “Memorias de la Perla”, Espacio para la Memoria “La Perla”.

Entrevista realizada por la autora a Cristina Salvarezza, 2003.

Reportaje a Ana Mohaded “*Para nosotros Devoto era la tierra prometida*” en el Diario del Juicio N° 6, junio de 1985.

Texto de Cecilia Suzzara para la muestra “Puentes”, Archivo Provincial de la Memoria, Córdoba-Argentina, 2008.